



Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Diciembre de 2018. Una hija visita a su padre en la unidad de ictus de un hospital. Él está inconsciente, ella tiene miedo, los médicos son cautos y hacen mención a un hígado dañado, y en el silencio que se expande entre padre e hija retumban más de tres décadas de mutismo, de caricias no dadas, palabras no dichas y frases vacías de sentido e impregnadas de alcohol. Para ella, que observa al padre que lentamente recupera la consciencia y la movilidad, se impone ahora la necesidad de escribir contra ese largo silencio para reconstruir la historia de un hombre alcohólico y deshecho, que es también la suya y la de su familia.

El relato de la narradora se remonta entonces a Rentería en los años ochenta, cuando el padre está al frente de la empresa familiar dedicada, desde hace décadas, a la venta de materiales para la construcción, y en las calles y los hogares vascos se respira la tensión de un territorio sumido en un violento conflicto. De la infancia queda el recuerdo de la tienda donde se almacenan cemento, azulejos y ladrillos, pero también, el olor a alcohol en la cazadora de cuero del padre, los ojos fijos en la carretera mientras él conduce ebrio de camino a la escuela, el temor a mirar dentro de los bares y verlo allí, en compañía de otros alcohólicos, o no querer que las amigas vengan a casa y se



RANDOM HOUSE

conviertan en testigos de una intimidad doméstica que la avergüenza y la impulsa a refugiarse cada tarde en la piscina del polideportivo municipal. En la marea de un sentir infantil confuso y contradictorio, es la vergüenza la emoción que comienza a emerger con fuerza para terminar cristalizando en la mirada de una adolescente que evita a ese hombre que a cualquier hora puede aparecer borracho en la plaza donde ella se reúne con sus amigos. El alcohol, a su vez, se filtra en los lazos familiares, genera interdependencias y moldea el vínculo nada sencillo entre la hija y su madre, mientras pese a todo, el negocio sigue adelante, las plantas crecen en el balcón, hay viajes improvisados a París, y cada verano la familia se traslada a su apartamento en Benicasim, en busca del cálido Mediterráneo y unos días de cielo azul, desintoxicación y falsas esperanzas.

Casi un año después de sufrir su primer ictus, el padre tiene un segundo ac-

cidente que, esta vez, le cuesta la vida y pone fin a un lento proceso de autodestrucción que es consecuencia de su adicción. Ante la pérdida, la hija adulta se queda con muchos interrogantes sin respuesta y un puñado de cartas de juventud que le traen la voz de un hombre que no llegó a conocer del todo a pesar de los años de convivencia y tantos momentos compartidos. Entre recuerdos propios, impresiones y los escuetos relatos de la familia surgen entonces las palabras para romper el silencio, para tantear una explicación y dejar que, junto a la vergüenza y el dolor, el amor que la hija profesa por el padre encuentre también su forma de expresión.

En su primera novela, Eider Rodríguez reconstruye el relato de una familia, una época y un lugar, y removiendo los cimientos de una relación compleja, compone una brutal carta al padre alcohólico en la que caben todo el dolor y el amor que una hija puede sentir.



CLAVES DEL LIBRO

Con cuatro volúmenes de relatos publicados, entre los que destaca *Un corazón demasiado grande* —premio Euskadi de Literatura y Euskadi de Plata—, y en los que ha dado cuenta de un magnífico dominio de la forma breve, Eider Rodríguez se vuelca ahora a la escritura de largo aliento en una primera novela anclada en la figura paterna. En sus manos, la novela se revela, sin embargo, como un artefacto híbrido que trasciende las distinciones entre ficción y no ficción para adentrarse en un terreno en el que confluyen el *memoir*, la crónica, el dietario, el réquiem y la epístola. Más allá de las diferencias en la forma y extensión, entre *Material de construcción* y los cuentos existen puentes estilísticos y una voluntad en común de indagar en los lazos de familia y la circulación de los afectos en un entorno que resquebraja la imagen idealizada de la institución familiar.

Hechas de silencios, distancia, emociones reprimidas, diálogos imposibles y lagunas biográficas por las que se escapa el sentido de los actos, las relaciones que Rodríguez retrata se construyen no en el contacto físico y las demostraciones de cariño, sino en los olores, los sonidos y los sentimientos encontrados y difíciles de discernir. En el complejo entramado

de los vínculos familiares cobra protagonismo, en este caso, el padre: una figura de enorme peso que recorre la historia de la literatura, desde las tragedias griegas o la obra de William Shakespeare hasta voces más contemporáneas como Philip Roth, J.M.G. Le Clézio, Marcos Giralte o Emiliano Monge, entre otros autores que han abordado las relaciones entre padres e hijos. A la hora de hablar de la figura paterna, sin embargo, son menos frecuentes los relatos escritos desde la mirada de la hija, y en este sentido, *Material de construcción* añade una valiosa perspectiva femenina a un tema universal y, al mismo tiempo, íntimo y singular. Pasado y presente alternan en un relato que, narrado desde diferentes puntos de vista, reúne las piezas para reconstruir la historia de un padre alcohólico y una hija obligada, desde la niñez, a traficar con la vergüenza, la rabia, la confusión, la decepción, las mentiras que nacen de la adicción y un silencio desconcertante. La figura paterna y el alcohol son los hilos que vertebran una obra atravesada también por una reflexión en torno a las palabras y su ausencia, a los usos del lenguaje y a la relación de doble dirección entre vida y escritura.



RANDOM HOUSE

Descarnada y precisa, la prosa de Eider Rodríguez no suaviza la realidad ni cesa, en cada cambio de voz y perspectiva, de añadir matices a una historia en la que convergen lo privado y lo colectivo, y que encuentra su válvula de escape en los ácidos destellos de humor de la escritora vasca. Con la valentía que exige remover los cimien-

tos de un afecto complejo, y la escritura como herramienta para asimilar la experiencia vital y comprender, Rodríguez compone un relato familiar donde no hay conclusiones ni verdades reveladas sino toda la contradicción puesta al descubierto de un amor en el que la ternura y el dolor caben a partes iguales.



RANDOM HOUSE

LOS PERSONAJES

LA HIJA

Eider, la narradora, tiene cuarenta y un años cuando su padre sufre un primer ictus y ella siente la necesidad de romper por fin un largo silencio, dejando de lado las medias verdades y los eufemismos para hablar de él y una historia de adicción que atraviesa la relación entre ambos. De la infancia a la juventud, la natación constituye un refugio para la hija que se avergüenza del padre y quiere pasar el mayor tiempo posible fuera de un hogar donde los problemas no vienen de fuera, del tenso clima político, sino de una oscuridad interior cuyo origen es incierto.

«Interpuse entre vosotros y yo palabras desconocidas, ladrillo a ladrillo. El objetivo era desclasarme a través de la lectura y de la escritura, pero no esperaba que gracias a aquel ejercicio tomaría conciencia de lo que soy y de lo que somos, y que precisamente la verdad vendría de la mano de la belleza. Me alejaría del lugar del que venía, pero a cambio nunca olvidaría mi origen: soy del almacén donde se vendía cemento, cal y arena».

EL PADRE

Juan Mari es el mayor de cinco hermanos y el encargado de llevar la gestión, y más tarde la gerencia, de una empresa familiar dedicada a la venta de material de construcción que lleva el nombre de su madre. De su infancia, su hija solo puede arrancarle unos pocos recuerdos, y de su juventud, quedan las cartas que le escribe a su futura esposa cuando hace el servicio militar en Ceuta y ella le comunica que está embarazada. Quedan muchos agujeros en la historia de un hombre, en palabras de su hija, deshecho que se vuelca a la bebida muy joven y pasa de ser un borracho alegre a un alcohólico que lo estropea todo con una adicción que mina su salud hasta causarle la muerte a los sesenta y cuatro años.



RANDOM HOUSE

«Han sido las primeras navidades sin papá, a pesar de que, aunque la frase sería gramaticalmente correcta, no podría decir que antes las navidades fueran *con él*. Aunque respiraba, no estaba. Siempre fue el primero en retirarse. Comía las uvas antes o después de las campanadas, nunca durante. Los últimos años, al menos, no se sentó borracho a la mesa. Cuando estaba bebido las navidades eran especialmente tristes; las de después, también.

Solo ahora me doy cuenta de hasta qué punto fue un hombre deshecho. Yo no fui capaz de aliviar aquel dolor, ni con mi nacimiento, ni con mi existencia, ni con mis hijos».

LA MADRE

Ana es una mujer pragmática de origen humilde que sabe guardar la compostura en todo momento y contener sus emociones al punto de no permitirse nunca un gesto de ternura o afecto hacia su familia en público. En la medida que Juan Mari se entrega más y más al alcohol, ella cuida de él, le cubre las espaldas en el negocio familiar y deja espacio para que Eider y su hermana menor se alejen del hogar. La larga convivencia con el alcoholismo de su marido, sin embargo, va haciendo que su paciencia decaiga y la hija percibe en su voz los contradictorios sentimientos de una mujer decepcionada y abocada a un vínculo de interdependencia. La relación entre Ana y Eider también es compleja pero tras la muerte de Juan Mari madre e hija consiguen acercarse más.

«Mamá es un órgano de propaganda. Incesantemente genera mensajes directos y repetitivos de estructura gramatical simple.

Cada uno de estos eslóganes sale de su boca con el sedimento emocional añadido de cada vez que ha sido pronunciado anteriormente:

No te enamores.

Dice.

No creas a nadie.

Dice.

Pero, sobre todo, no creas en el amor. Solo los tontos creen, sobre todo las tontas, tú no seas tonta.

Dice.

No creas en nada: hombres, religión, política... No seas idiota.

Dice.

No seas tan estúpida.

Dice.

No seas como yo. Dice.

No quiero que seas como yo».



RANDOM HOUSE

FRAGMENTOS

UNA FAMILIA

«Mejor así; nos molestamos mutuamente, perjudicamos al grupo y a nosotras mismas cuando nos juntamos más de un miembro de la familia. Nuestra Constitución familiar no escrita es draconiana en el apartado referido a los afectos.

Artículo 18.2: No se llorará en público, a no ser que haya una muerte de por medio. En tal caso:

a. El llanto será usado para el drenaje emocional.

b. El llanto se limitará al inicio de la situación causante del impacto y de ninguna manera se prolongará en el tiempo.

Artículo 18.3: No se comerciará con el dolor.

a. No se permitirán exhibiciones de los procesos fisiológicos que puedan derivarse como consecuencia del dolor.

b. El dolor no será utilizado como instrumento de chantaje. Tan despreciable como hacer chantaje será someterse al chantaje fundamentado en el dolor.

Artículo 18.4: Situaciones de excepción:

a. Llorar a causa de una ficción es un derecho, siempre y cuando se retome la compostura una vez concluida la misma.

b. Se prohíbe toda expresión de amor, emoción, ternura y empatía. Están exentas de esta prohibición las relaciones con animales y con niños menores de seis años.

La intimidad es el único ámbito en el que se puede violar la ley sin consecuencias legales».

«Vivimos en el centro, en lo alto de una cuesta, en el tercero de un inmueble de cinco pisos. A ambos lados y enfrente, más casas. Apenas tenemos relación con los vecinos, excepto con los del quinto, y ninguna con los que viven en los edificios contiguos, tampoco con los de al otro lado de la calle. Muchos de ellos, sobre todo las mujeres, parlotean de balcón a balcón sobre sus cosas y llaman a gritos a los hijos que están en los soportales para



que suban a merendar. No saben euskera y no es raro ver a algunas de ellas en pantuflas por la calle con una barra de pan bajo el brazo. No tienen nombres como los nuestros. No se peinan como nosotras. Nosotras no llevamos bisutería, no llevamos pinzas de plástico en el pelo, ni llevaremos melena larga a partir de cierta edad, nosotras no. No llevan zapatos como los nuestros. Mamá me ha enseñado a diferenciarme de ellos desde bien pequeña. Nosotros no somos bulliciosos, ellos sí. Nosotros no aireamos nuestros asuntos a los cuatro vientos, ellos sí. Nosotros jamás pondremos en nuestros balcones sacos de caracoles, ni colchones de lana de oveja, ni toneladas de embutido, ellos sí. Sus balcones están repletos de geranios que riegan las mujeres, en el nuestro hay plantas crasas de las que solo se ocupa papá, pero que prácticamente no requieren cuidados. Nosotros no utilizamos pimentón, ni laurel, ni tomillo para cocinar. Nosotros no compartimos su lenguaje, pero sí su lengua. Nosotros no desaparecemos en verano para volver al pueblo de origen, nuestro único pueblo es este; a pesar de nuestros apellidos, nuestra historia comienza aquí y ahora».

«En la caja de fotos que tenemos en casa, entre las fotos familiares, hay tres postales con fondo negro. Son los rostros de frente de dos hombres y una mujer a los que no conozco, con las fechas de su nacimiento y de su muerte a un lado en letras blancas; bajo la imagen de un puño rojo dentro de una hoja de roble leo “Herriak ez du barkatuko”, “El pueblo no lo perdonará”, en letra más gruesa.

Luego guárdala bien.

Dice mamá cuando me ve con una de esas postales en la mano.

Me enorgullece que mis padres posean material secreto. Nunca van a manifestaciones. El marido de la prima de mi padre vive en la clandestinidad, y a menudo muestran su imagen en televisión como “uno de los terroristas más buscados” [...] Preferiría un padre que tuviese un enemigo exterior en vez de uno interior, un hombre que quisiera cambiar el mundo, al menos un pedacito».

«Mamá me ofrece dormir con ella mientras papá esté fuera. Sorprendida, digo que sí. Tienen sábanas de percal, siempre frías al tacto, pero que una vez que las tocas te envuelven entre sus millones de hilos. Son los únicos días del año en los que siento su cuerpo cerca. Mi madre dormirá en el lado de mi padre, y yo en el de ella. Nuestros cuerpos no se buscan, pero están bien uno al lado del otro. Una mañana, al mirarme en el espejo descubro una cicatriz que me recorre la mejilla. Me asusto. Mi madre me tranquiliza: es la marca que me ha dejado el bordado de sus iniciales en la almohada.

Los días en que mi padre está fuera me parecerán insostenibles, pero nadie lo sabrá. El día de su llegada me despertaré nerviosa y volveré de la escuela ansiosa. Casi siempre llega más tarde de lo anunciado, pero siempre trae una caja de frutas confitadas y montones de bolígrafos, calculadoras, cuadernos y llaveros de propaganda con los que le han obsequiado en las fábricas.

Ha dormido en la mesilla del hotel todos los días.



Me dice al devolverme a E.T.

Me atormenta no poder mostrar la felicidad que me producen sus palabras».

«Esa misma noche, al volver a casa con una borrachera monumental, mi madre le pide que pare, papá se enfada, con un cenicero golpea la mesa de la sala y deja el cristal hecho añicos. Después se va a la cama.

Tenía que haberle dejado suicidarse.

Dice mamá.

Y cuidado con las esquiras, no andes descalza.

Mamá aún utiliza la palabra exacta para cada cosa.

Coloco una esquirra en la yema de mi dedo índice. Repito la palabra “esquirra” mirándola fijamente, con la esperanza de que aprender a nombrarla me mantenga fuera de peligro».

«Mamá me pregunta:

¿Estoy loca? Dime, por favor, que ves lo mismo que yo.

Llevo meses barruntándolo y la frase me ha salido como si fuera pus:

Quiero que os divorciéis.

¡Ja!

Dice mamá.

¡Ja, ja y ja! ¿Acaso crees que yo no? ¡Qué lista la niña!

Como mi voto de silencio me impide mantener conversaciones, o fomentárselas, me quedo a la espera de una explicación más larga.

¿Acaso te apetece salir a la calle y encontrarte a tu padre durmiendo en una plaza entre cartones con sus amigotes los vagabundos?, ¿o mendigando deba-

jo de un puente?, ¿acaso quieres eso?, ¿acaso crees que quiero eso para ti?».

«Mamá no cree en la bondad, muchas veces me ha dicho que no existe, desde que era pequeña se lo he oído decir, que pretender ser buena persona es de tontos.

“También el mío era buena gente... Bueno, pero travieso”.

Nunca ha hablado con sus amigas sobre la adicción de él. La versión oficial es que un ictus se lo llevó por delante. Cuando se siente generosa, achaca lo sucedido a “sus travesuras”.

En esa respuesta se condensa todo el amor que había entre ellos, el misterio de la dependencia que habían desarrollado el uno hacia el otro y su complicidad. Cada cual escribe su propio relato, cada cual con sus eufemismos».

UN PADRE ALCOHÓLICO

«No aparto la mirada de la carretera. Hay una mezcla de olores: a cuero de la cazadora de mi padre, a ambientador de pino y a alcohol. En adelante no seré capaz de distinguirlos por separado. Todas las chaquetas de cuero me huelen a alcohol, los ambientadores de pino a cuero y el olor a coche nuevo me lleva inevitablemente hasta mi padre.

Hemos llegado a la escuela. Como si pudiera oler lo que yo siento, papá no sale del coche, no me acompaña hasta la puerta de clase, no se acerca a las profesoras.

Soy una niña y nunca voy a casa de nadie. Vete a saber qué padres tienen, anda mucho cerdo suelto por ahí. Como



nunca voy a casa de nadie, pocos niños vienen a la mía, aunque de vez en cuando se cuela alguien. Papá ha llegado con una buena castaña, ha abierto la puerta de la habitación, estoy sentada en la cama con mi amiga, le acaricia el pelo, luego se agacha hacia mí, me da un beso mojado, me hace cosquillas en las axilas obligándome a tumbarme, Quiliquiliquili, dice con la lengua gorda. Le cuesta mover los dedos con agilidad: me hace daño».

«La silla chocaba constantemente contra el mueble, y tuviste la lucidez y el remango de ponerle topes de silicona. ¿Por qué nunca tuviste ni la lucidez ni el remango de venir a darme un abrazo?

¿Tuviste ganas alguna vez?

¿Por qué no lo hiciste?

¿Querías que naciera?

¿Me has visto nadar alguna vez?

¿Te has avergonzado alguna vez de mí?

¿Te has avergonzado alguna vez de ti mismo por mí?

¿Has leído alguna vez alguno de mis libros?

¿Te gusta mi pelo, aunque no sea rubio?

¿Lo prefieres corto o largo?

¿Por qué nunca me peinaste?»

«Durante tres semanas ese será su promedio, los cándidos tragos que toma cuando huye de nuestro lado para poder seguir a nuestro lado. Es la única época del año en la que no lo veré borracho. Pero mamá y yo estamos al acecho. Soy su fiel aliada. Cuando vuelve de sus escapadas, medimos lo que dice y cómo lo dice, cada una por su lado: lo espeso

de su lengua, la caída de los párpados, el campo de visión que abarca. Consigue mantener la compostura, seguramente gracias a que bebe solo cerveza (en contraste con su rutina, compuesta de bebidas con mayor graduación). Se levanta a primera hora de la mañana, atraviesa la sala pasando al lado del sofá cama en el que yo duermo y se prepara un zumo de naranja antes de escabullirse. A veces oigo sus pasos, su andar sigiloso para no despertarme. Otras veces lo observo sin que él se dé cuenta y veo sus manos temblar.

A la vuelta trae la compra. Víveres a cambio de alcohol: *win-win*».

«Cuando los miro a contraluz, no hay duda. Pensaba que la mentira era un truco que utilizaban los niños tontos y pusilánimes, y me confunde comprobar que mi propio padre es capaz de echar mano de esas artimañas.

Empieza a beber directamente del garrafón: lo descubro tras la barra, en cuclillas, vertiendo vino en un vaso; no sabe que lo observo. Se levanta, atraviesa la sala con una V roja dibujada sobre el labio superior, pero no hay rastro del vaso. Busco dentro de la barra, en vano. Lo sigo mirando sin que él se dé cuenta y percibo en el bolsillo de su bata un bulto de aspecto consistente. Lo que tiene que durar dos semanas, solo dura una».

«Hasta que el sonido de la bicicleta estática se desvanezca por completo, los momentos de sobriedad serán cada vez más breves: un viernes, estando con mis amigas en la plaza, aparecerá allí, achis-



pado. Me llamará desde lejos, autoexiliándose de mi mundo. Tiene en las manos tres billetes de tren para viajar a París ese mismo día. Digo a mis amigas:

Adiós, me voy a París.

No sé qué piensan de mí, tampoco de mi padre clandestino.

Es un plan de viernes a domingo. Viajamos en coche cama. Estamos demasiado cerca los unos de los otros y no me gusta, ya que puedo olerlo. Aunque mamá lo intenta, las ventanas no se pueden bajar ni un centímetro.

Para que la gente no se suicide».

«Cuando llego a casa, encuentro a mi padre en el sillón. Tiene restos de sangre en la frente, un ojo amoratado y el pantalón rasgado a la altura de la rodilla. Me habla por debajo de los cubitos de hielo envueltos en un pañuelo, mirando hacia arriba.

La paliza que me han dado esos hijos de puta.

Parece ser que los ertzainas le han pegado.

Dice mamá.

“Parece ser” no, me han pegado. Hijos de puta. Fascistas. ¡No los enterrarán en cal viva, no!

Grita.

Aunque sé que es mentira, aunque solo sea por un segundo, me gusta creer que ha sido la policía. Por un instante me regodeo imaginando a mi padre en una manifestación, gritando a la policía, utilizando la violencia en contra de alguien que no sea él».

«¿Qué ha sido mi padre hasta que dejó de beber?

—Una semilla.

—Un sueldo.

—Una ausencia.

—Un olor.

—Una fuente de vergüenza.

—Una cantera de desconfianza.

—Un silencio impuesto.

—Un cuerpo.

—Una mirada ecuestre.

—Una fruta podrida.

—Un hombre embarazado.

—Un rastro viscoso.

—Ataques de ira.

—Mentiras, mentiras, mentiras.

—Caídas, caídas, caídas (físicas y metafísicas).

¿Por qué habría de ser un padre algo más que esto?

¿Acaso no tendríamos que demoler también la idea del amor romántico entre padres e hijos?».

«La semana pasada, mientras buscaba un libro, encontré la foto de un padre al que no conocí o al que no recuerdo. Para entonces ya vivíamos en la casa de mi infancia, estamos sentados en el sofá, yo tendré cinco o seis años, aparezco movida; él quieto, mirándome, bellissimo.

La dejé en la estantería, y hoy he descubierto que realmente no me está mirando, que a pesar de que sus ojos me apuntan, no me ve».

«Nunca me contaste un sueño, a pesar de que durante años te despertaste para prepararme el desayuno a las 6.45 y solíamos estar los dos solos en la cocina. Era el único momento del día en que estabas sobrio, con el batín granate bajo el que resaltaban tus piernas blancas y delga-



das. Sabías la medida exacta de leche que necesitaba el tazón de ColaCao, nunca echabas una gota de menos ni de más. En cuanto servías el cacao y el zumo de naranja, volvías a la cama, aún de noche. Desayunaba sola bajo la luz de la campana extractora, ese pequeño resquicio de vida que se abría en la oscuridad.

Nunca me peinaste el pelo, pero siempre venías a buscarme al aeropuerto.

La última vez que te acaricié: eso es lo que mejor recuerdo. Me gustaría volver a hacerlo. Es lo único que consigue conmoverme. Pero no he de olvidar que te acaricié solo porque te morías».

LA VERGÜENZA, UNA MANCHA

«La vergüenza es una emoción asociada a la moral y a la conciencia. A la censura, a la mirada ajena, a la duda acerca de si una es digna de ser querida. Su símbolo es la mancha, aquella que no se puede limpiar y que es objeto de todas las miradas. De lo sublime a lo humillante hay medio milímetro, leí que decía un sastre.

Papá me dice que para saber si alguien es pulcro de verdad no hay como mirar el interior de sus libros, que ahí está la esencia de cada uno. Porque se lee en soledad y porque en soledad somos lo que realmente somos. Se refería entonces a los libros de texto y a las manchas y borrones que podrían esconder, o eso pensábamos ambos.

Es un sentimiento tan narcisista que da vergüenza avergonzarse.

La vergüenza destruye la identidad de la persona, hace que toda la existencia se condense en esa tara: no importa lo que

diga o haga, la persona creará que durante toda su vida, para el resto del mundo, no será más deseable que una oruga. Y es tan vulnerable, es tan carne herida, que desea morir sin hacer ruido, que la tierra la engulla, un sueño veloz de autodestrucción, desexistir».

«Qué vergüenza.

Dice mamá.

Después de comer lo encontraremos despatarrado, vencido. Al despertar, en el instante previo a fijar la mirada en algo, me daré cuenta de que está asustado. Primero mirará sus manos abrirse y cerrarse, después la lámpara, el armario, finalmente a nosotras, que nos encontramos en el sofá de al lado, y el recuerdo de quién es, dónde y con quién está hará que el miedo se desvanezca de su rostro».

«Recorro el pasillo con miedo a lo que voy a encontrarme en la sala. Los chicos están sentados en un extremo del sofá, dejando el sitio de mamá libre. Me quedo de pie observando mi propia violación. Los timbales senegaleses de las estanterías empiezan a sonar, el látigo comienza a azotar el aire, las máscaras ríen histriónicamente, el camarero vampiro con chaleco y pajarita que se esconde detrás de la barra desde mi niñez sale con una bandeja llena de whisky y cubitos de hielo, con los colmillos ensangrentados.

Bienvenidos al museo de los horrores.

Dice.

¿Queréis azúcar?

Grita mi madre desde la cocina.

Papá gira un ojo hacia el sofá. Mira a los chicos hasta que consigue enfocarlos. Se incorpora en el sillón. Todavía está bo-



rracho, pero consigue levantarse, aunque penosamente. Se pone delante de ellos y les tiende la mano. Luego les indica que le hagan un hueco. Es una estampa grotesca. Mamá y yo nos quedamos de pie mientras él mira la tele, que no ve, y tapa el labio superior con el labio inferior en una mueca infantil. El novio dirige una mirada burlona al profesor. Se está divirtiendo con mi devaluación.

Bajar las escaleras de casa no me alivia.

Nadie en el coche menciona el asunto. Estoy hecha añicos. Cuando recupero un poco de valor busco al otro en el retrovisor, pero se ha producido un cortocircuito. Aunque nuestras miradas se han encontrado, ya no soy la misma que miraba y tampoco él ve lo que antes veía. No puedo soportarlo».

«Hugo creía en los espíritus, los inventores de la democracia poseían esclavos, los revolucionarios que clamaban a favor de la libertad y de la igualdad solo se acordaban de los hombres. ¿De qué se avergonzará nuestra generación? ¿De haber creído en la trascendencia? ¿En el amor? ¿De no haber creído en lo colectivo? ¿En la solidaridad? ¿De no haber sentido vergüenza por nada?».

«No sé si era por vergüenza hacia ti, o por miedo, o por simple tozudez. Ahora estás muerto. He sentido violentamente ganas de que murieras para poder escribir sobre ti y derribar el estigma.

A pesar de todo, sigues en mí. No ha terminado. La vergüenza perdura, impura, tentadora, lasciva, oscura, hollando el camino sin que nos demos cuenta, enemiga del ahora».

ESCRIBIR

«Quiero que papá muera para poder seguir hablando con él.

Quiero que papá muera.

Papá quería morir.

Quiero hablar con papá.

Solo a través de la escritura puedo alcanzar el máximo grado de intimidad.

Suicidarse puede llevar toda una vida».

«Cuando calle, escribiré la historia que como un alud nos ha arrastrado a todas. Una historia en la que le haré hablar, en la que le obligaré a mirarme, en la que finalmente me enfrentaré a él. Sueño con un duelo entre él y yo, en el que no solo nos parezcamos, sino que seamos él y yo, nadie más, sin personajes, sin testigos. Sé que las palabras no bastan, y sin embargo no tengo más que el lenguaje para deshacer este embrollo. Cuando digamos “dolor” nos embargará la ilusión de hacernos entender, aunque los demás no tengan idea de qué estamos hablando. Y así siempre. Contar la propia experiencia con palabras que son de todos: he ahí un verdadero proyecto político socialista, ¿o sería comunista? Será como buscar las gafas sin gafas».

«Hablo por teléfono con mi hermana. Le digo que estoy escribiendo sobre papá. No le digo que ella no sale. Creo que no le gustará, pero es mi manera de protegerla.

Hablo por teléfono con mamá. Le digo que estoy escribiendo sobre papá. Le digo que ella sale. Creo que no le gusta, pero es mi manera de decir la verdad».



RANDOM HOUSE

«Decía Wittgenstein que ante lo indecible era preferible el silencio. La mierda tiene la facultad de expresarse por sí misma, representa todo lo místico, Dios vive en ella. Y, sin embargo, una cosa es que tu padre se cague encima todos los días, y otra muy distinta escribir acerca de que tu padre se caga encima todos los días. Las palabras tienen capacidad metabolizadora. Soy la reina de la casquería».

«Creo que empecé a escribir para librarme de tu carga, fue la manera de alejarme de ti, la oportunidad de ser otra persona, en otro lugar, entregada a otros. Empecé a sentirme celosa de actrices, bailarinas y pintoras, de su mundo en apariencia liviano, donde no solo la precariedad material, sino la emocio-

nal, podía convertirse en algo encantador. Sin embargo, yo no valía ni para el teatro, ni para bailar, ni para pintar. No sabía hacer nada, aparte de nadar y de leer».

«Pero no vamos a ponernos quisquillosas por un déctico que a menudo ha sido origen de guerras: aquí, ayer, nosotros. A estas alturas ya he aceptado que las palabras sirven para poco a la hora de expresar todo lo relacionado con mi padre: me acerco con torpeza y, en el mismo instante en que pienso que podré apresar lo que siento, ocurre el desastre, las palabras se esfuman y las frases se desmoronan.

Escribo para poder seguir acariciándole, consciente de que no llegaré más lejos».



RANDOM HOUSE

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Material de construcción* está narrada desde el punto de vista de una hija que evoca su relación con el padre, al mismo tiempo que cuida de él y lo observa durante sus últimos meses de vida. A lo largo de la novela, sin embargo, la narración se mueve entre la primera y la tercera persona, y finalmente incorpora la voz del padre a través de sus cartas de juventud. ¿A qué pensáis que responden estos cambios de perspectiva y voz narrativa? ¿Qué añaden a la historia narrada?
2. Pasado y presente alternan continuamente en una novela que sigue dos líneas temporales distintas: la que va de la infancia a la adultez de la narradora, y otra que transcurre en el presente de la enfermedad, la muerte y el duelo. La mirada de la narradora respecto al padre ¿es la misma en el pasado y el presente o percibís un cambio a lo largo del tiempo?
3. El alcoholismo del padre expone a la hija, desde muy pequeña, a un contradictorio abanico de emociones difíciles de discernir y gestionar. ¿Cuáles son estas emociones? Hacia la adultez, ¿qué evolución tienen?
4. Entre todas las emociones que la narradora manifiesta, la vergüenza es la que parece marcar con más fuerza la compleja relación con el padre, y es también uno de los hilos conductores de la novela. ¿Cómo se vive la vergüenza? ¿Es patrimonio únicamente de la narradora o hay otros personajes que experimentan esta emoción?
5. De niña, la narradora se asoma de vez en cuando a los hogares de sus vecinos y compañeras de escuela y descubre diferencias respecto a su casa: cambian los tonos de voz, el lenguaje, los olores que desprende la cocina, las plantas que crecen en los balcones y la presencia, o no, de un padre borracho. ¿Cómo es la relación de esta niña con el afuera del entorno familiar? ¿Cómo se va tramando su identidad en relación a los otros?



6. En el hogar de Eider hay un acuerdo tácito respecto a la circulación de los afectos, y tanto las expresiones de emoción como las muestras de ternura y el contacto físico están prohibidos. ¿A qué atribuís esta contención afectiva? ¿Pensáis que es un comportamiento atípico para la época o está en consonancia con las dinámicas de muchas familias en la España posfranquista?
7. A falta de conversaciones, caricias y gestos que acorten las distancias, ¿a través de qué sentidos la hija va construyendo su relación con el padre? ¿Cómo describiríais esta relación?
8. A lo largo de la novela también cobra protagonismo la figura materna: una mujer pragmática y contenida que intenta sostener las apariencias en un hogar que, sin su intervención, podría desmoronarse por la adicción del marido. ¿Por qué Ana no tiene tolerancia para las fantasías de los otros, incluida su hija? ¿Cómo es la relación que construyen madre e hija?
9. Se suele decir que el alcoholismo es una enfermedad que afecta a todo el entorno familiar. ¿Pensáis que la novela de Rodríguez resuena con esta afirmación? ¿Cómo actúa el alcohol sobre los vínculos familiares en *Material de construcción*?
10. Rememorando su infancia y la escalada de violencia en el País Vasco, la narradora dice que preferiría que su padre tuviese un enemigo exterior en vez de uno interior que, décadas más tarde, acaba con su vida. ¿Cómo introduce Rodríguez lo político en su novela? ¿Pensáis que la novela relata una historia personal que entabla un diálogo con la historia colectiva del País Vasco?
11. Mientras al padre le corresponden los silencios, las mentiras o el balbuceo del borracho y el enfermo, la madre es un personaje que entra en escena muchas veces introducida por verbo «decir» conjugado en tercera persona. La madre dice y la hija escucha, pero ¿cómo es la relación de Ana con las palabras?



12. Lenguaje y silencio son dos motivos recurrentes en una obra que reflexiona acerca de cómo el alcohol puede hacer imposible el diálogo con los seres queridos. ¿Qué sucede con las palabras en la familia? ¿Y con lo no dicho? ¿Por qué la narradora muestra tanto interés en rastrear la etimología de las palabras o comparar sus equivalencias en diferentes lenguas?
13. Impulsada por la necesidad de comprender al padre y llenar los agujeros de una historia contada a medias, la hija intenta que Juan Mari comparta con ella sus recuerdos. ¿Qué sucede cuando él mira las fotografías que le trae Eider? A partir de sus reacciones, ¿cómo intuye ella que es la relación de él con su pasado? ¿Consigue sacar alguna conclusión respecto a su padre y a ella misma?
14. La enfermedad del padre es el detonante para que la narradora comience a reconstruir la historia de Juan Mari y también la propia. A partir de la muerte del padre, ¿qué sucede en la novela? ¿Cambia el enfoque y el tono de la narración?
15. Poco después de que el padre sufra su primer ictus, la narradora apunta la frase «Solo a través de la escritura puedo alcanzar el máximo grado de intimidad». ¿Cómo se define esa intimidad en la novela? ¿La intimidad propia y ajena es un espacio accesible?
16. A partir de frases como la citada en la pregunta anterior, ¿qué concepción de la escritura circula en la novela? ¿Cuál es la relación que Rodríguez establece en su novela entre escritura y vida? ¿Pensáis que la literatura puede ser entendida como un modo de asimilar y comprender la experiencia y los afectos?
17. Si habéis leído los cuentos de Eider Rodríguez, ¿reconocéis elementos en común entre sus obra breve y *Material de construcción*? ¿Hay algún relato en concreto que os haya venido a la mente a partir de la lectura de la novela?



LA AUTORA



© Lander Garro

EIDER RODRÍGUEZ (Rentería, 1977) cursó estudios en la Universidad del País Vasco, en la Sorbonne Nouvelle de París y en la Universidad Complutense de Madrid. Licenciada en Publicidad, es doctora en Literatura. Siendo editora publicó su primer libro de relatos, *Y poco después ahora* (2004), al que siguieron *Carne* (2007), *Un montón de gatos* (2010) y en 2017, *Bihotz handiegia* (*Un corazón demasiado grande*), galardonado con los premios Euskadi

de Literatura y Euskadi de Plata. Estos últimos relatos se incluyeron en *Un corazón demasiado grande* (Random House, 2018), que recoge también una selección de sus mejores cuentos anteriores. Además, ha cultivado otros géneros como el cómic, el ensayo y la traducción. *Material de construcción*, ganadora del Premio 111 Akademia, es su primera novela. Actualmente reside en Hendaya con su familia, rodeada de árboles, plantas, libros y animales.



RANDOM HOUSE

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE *MATERIAL DE CONSTRUCCIÓN*

«Me ha parecido una maravilla. Es una carta al padre, honesta y dolorosa, a corazón abierto, y una indagación sobre el poder de la escritura. Una excavación en los recuerdos para explicarse su propia identidad; una excavación y una construcción, como si construyera hacia abajo o hacia dentro con mucha inteligencia e, intuyo, valentía».

Sara Mesa

«La prosa de Eider Rodríguez, deslumbrante y afilada, nos ayuda a imaginar, pensar y sentir nuestra propia relación con la violencia no desde la denuncia moral o la ideología, sino desde espacios afectivos de incomodidad e incertidumbre».

Eduarne Portela

«La primera novela de Eider Rodríguez es un ejercicio bello y duro de construcción: una poética implacable contra el dolor, una mirada al mundo que redefine el pasado, un modo de entender la literatura fuera de la norma. Este libro es un monumento fragmentario sobre la memoria, los lazos familiares y la identidad rota. No puedo enumerar una lista de escritores a los que Rodríguez me recuerda porque su escritura es única».

Pol Guasch

«Una prosa inteligente, precisa, sin concesiones».

Kirmen Uribe



RANDOM HOUSE

«La literatura sirve para desentrañar y comprender, y *Material de construcción*, escrito desde una honestidad incondicional, responde a ese objetivo desde el convencimiento de que algunas cosas solo se pueden entender si se escriben». Natxo Velez, EITB Radio Televisión Pública Vasca

«Eider Rodríguez vuelve con una obra que resultará ser una marca de agua nueva e importante tanto en su trayectoria como en la memoria de sus lectores. Se trata de un libro intenso, profundo y al mismo tiempo valiente, de una honestidad salvaje. Literatura con letra mayús-

cula, urgente y necesaria. Desconcertará, turbará y conmoverá a quien lo lea».

Harkaitz Cano

«Un hermoso trabajo literario que llevará al lector a esa zona brumosa situada entre la desesperación y el recuerdo. Escritura contenida y calibrada. Un estilo excepcional. Es conmovedor presenciar de qué manera influyó la muerte del padre en la protagonista. Un desnudo psicológico profundo. Quizá algunos lectores definan este libro como la protagonista define a su padre: salado y agrio. Sin lugar a dudas, una obra maestra».

111 Akademia

